

Palabra de Santo

La expresión escrita de San Alfonso Rodríguez

Juancho del Barrio Álvarez, Iglesia de San Justo, 19 de octubre de 2017

El interés por acercarme a la persona y la obra de Alfonso o Alonso Rodríguez me venía rondando desde hacía tiempo, y la oportunidad que me ha brindado su Asociación de amigos, la parroquia de El Salvador-San Justo y el Obispado de Segovia ha sido magnífica. Seguramente sin la invitación externa por su parte, con ocasión de este IV Centenario de la muerte de nuestro santo, no lo habría hecho o habría sido con menos alicientes. Aprovecho la ocasión para felicitar ya desde ahora a los miembros de esta Asociación, y a la comisión creada para el Centenario, representada por David San Juan y por el P. Julio Martín, cmf., por la diligencia en la organización de las actividades del Centenario, y por su gran esfuerzo y dedicación.

Hay que leer con apertura de miras y de corazón, hay que conocer y querer entrar lo que se lee, porque así se gana su sentido, y más allá de la lejanía a la que somete el tiempo a los escritos antiguos, si la lectura es atenta y comprometida, la comprensión va más allá de las palabras...

Para acceder hoy a la obra completa de San Alfonso Rodríguez, hay que acudir al magno trabajo que desarrolló el P. Jaime Nonell entre 1885 y 1888, ordenando sus cuadernos del Colegio de Montesión, y optando para su edición en tres tomos, por una estructuración intuitiva, pedagógica y enriquecedora.

Creo que el acierto mayor de la edición de Nonell es anteponer a los otros opúsculos, tratados, declaraciones, cartas... del autor, sus propias "Memorias", consideradas tradicionalmente como su "Vida" o biografía, aunque no lo sea en un sentido estricto. Así lo considero porque esos 275 párrafos o secuencias muestran la iniciación de Alfonso en la fe, y el compromiso que adquiere al descubrir la opción espiritual y la vocación de religioso. La intensa coherencia de la edición permite conocer primero a la persona de Alfonso Rodríguez, de un modo muy directo, incluso espontáneo y con cierta apariencia de desorden, ya que se trata de secuencias no entramadas unas con otras, que no mantienen un hilo continuo de acción. Son retazos de experiencias y recuerdos vividos.

Hay que tener en cuenta que la de registrar por escrito sus experiencias fue una labor impuesta por sus superiores, y que, en principio, el portero jesuita de Montesión no contaba con dotes de escritor. Habría que conocer con precisión el alcance de sus estudios y lecturas, y de las ayudas y colaboraciones con que pudo contar, para valorar en su justa medida su creación escrita, y el esfuerzo que le supuso, ya no solo la escritura de sus "Memorias", sino del resto de su obra.

De cualquier forma, su humildad y obediencia le hicieron cumplir con la misión encomendada. Tal vez ese carácter de inventario discontinuo de las "Memorias" responda no solo a la complejidad de la creación, sino también a la inmediatez con la que debió de entregarse a la tarea. Por suerte, el no ser un escrito erudito, sino intensamente expresivo de la propia vida, tiñe lo narrado de una espontaneidad, inocencia y frescura impagables. Lo que no se logra en unidad o estructuración se gana con creces en autenticidad.

Además, el comenzar a leer su obra, en la edición de Nonell, por su relato de la propia vida, prepara, sin duda, para entender sus obras más densas y la abigarrada expresión ulterior de su espiritualidad. A eso nos referíamos al decir antes "criterio pedagógico", y es de agradecer.

El trabajo de investigar los cuadernos y establecer los diferentes momentos de creación de Alfonso Rodríguez, lo cual sería una tarea apasionante, nos llevaría, casi con toda seguridad, a la comprobación de que aquella inicial imposición de sus superiores contribuiría para él mismo a una profunda reflexión sobre lo vivido, a su fijación interna como proceso de fe y vocación.

Más le aconteció en el mes de noviembre de 1607 años, que escribiendo esta persona estas cosas que han pasado por él, sintió en su corazón un trasordinario (en nota, extraordinario) agradecimiento a Dios Nuestro Señor, por haberle dicho la obediencia que notase las cosas que pasasen por su alma de notar, para dar cuenta de la conciencia: lo cual le causó consuelo y descanso, conociendo los muchos engaños que pueden venir al alma que no se descubre toda a su Superior, y con descubrirse queda el alma fuera de engaño; porque si le hay, Dios lo descubre, y se remedia; y si no lo hace, el demonio le engañará¹.

Seguramente esa vía expresiva y meditativa incipiente abrió camino para seguir escribiendo, completando cada vez más su visión de la fe, de la oración y la contemplación, y de la vida espiritual y religiosa, que plenamente desarrolladas suponen una sistematización de la experiencia adquirida en forma de manual ascético de utilidad general para religiosos y creyentes devotos.

De hecho, es perceptible el “progresivo” entramado de sus textos con referencias bíblicas y de otros santos y libros de espiritualidad (cada vez más desarrolladas), a medida que a las “Memorias” suceden los distintos opúsculos, declaraciones y tratados. Decimos “progresivo” y “suceden”, siguiendo la estructura de la edición de Nonell, que no tiene por qué seguir un criterio cronológico.

Algo verían, o bastante, los superiores de nuestro buen Alfonso para solicitar de él que escribiera sus experiencias. Sin duda, forzaron en él una ardua tarea, pero que luego se convertiría en un auténtico legado escrito sobre la experiencia de la fe y la vocación. De hecho, la lectura de sus textos debió de ser un ejercicio muy común en muchas congregaciones durante gran parte de la primera mitad del siglo XX. También sería conveniente seguir el rastro de las ediciones parciales anteriores a la de Nonell, y documentar la recepción de las mismas desde su impresión.

No es intención mía el hallar los rasgos exclusivos de la expresión escrita de Alfonso Rodríguez, pues para eso debería conocer profundamente la prosa ascético-mística de los siglos XVI y XVII, y no es el caso. Por tanto, tampoco puedo ni debo valorarla como mejor o peor en el complejo e intenso panorama de creación espiritual del Siglo de Oro español. Pero sí deseo caracterizar cuanto me sea posible su modo de escribir. Y a eso he dedicado la atenta lectura de su obra, a través de una edición de Nonell, perteneciente a la Comunidad de claretianos del Colegio Claret de Segovia.

He de confesar que la coherencia es uno de esos rasgos característicos. En ningún momento hay contradicción ninguna en las afirmaciones y experiencias de Alfonso Rodríguez, en las más de 1500 páginas de su obra, sino afianzamiento en las ideas y capacidad expresiva creciente para explicar los conceptos.

¹ NONELL, JAIME, *Obras espirituales del Beato Alonso Rodríguez, coadjutor temporal de la Compañía de Jesús, ordenadas y publicadas por el P. Jaime Nonell de la misma compañía*, Barcelona, 1885, tomo 1º, *Memoria de algunas cosas de las que han acontecido a aquella persona en el discurso de su vida, escrita por él mismo en el Colegio de Mallorca, Memoria escrita en 1607*, p. 97

La humildad y la modestia personal se hacen evidentes en la elección de la 3ª persona narrativa en muchas ocasiones para sus escritos, aun relatando experiencias personales, sobre todo en las “Memorias”. Esta enajenación expresiva también puede obedecer a la búsqueda de una sensación de objetividad, persiguiendo que al lector le parezca más verosímil lo que está leyendo; incluso puede reflejar el carácter impuesto de la escritura, no en sentido crítico, sino como si fueran sus superiores los que escribieran, a partir de una declaración personal, como cauce diferido de testimonio.

La numeración explícita de las 275 secuencias que componen las “Memorias” y su tono de inventario o crónica acumulativa, presente en el modo de iniciar la gran mayoría de ellas (“Más a este le aconteció que...”) pueden responder sencillamente a un ritmo entrecortado de recuperación de recuerdos, que el autor no tiene reparo en evidenciar. Proponemos la lectura del párrafo que, según la tradición, dio lugar, en 1630, a la obra pictórica de Francisco Zurbarán “Visión de San Alonso Rodríguez”:

Más le aconteció a esta persona, que estando un día rezando el rosario de Nuestra Señora, vio súbitamente en espíritu cómo Nuestra Señora y su bendito Hijo vinieron a él: el Hijo venía al lado derecho de la Madre y al izquierdo de esta persona, y el Hijo bendito se aposentó dentro del corazón de esta persona; y la Virgen traía otro corazón consigo y se le puso al otro lado derecho y se metió dentro de él: de condición que dentro de esta persona se aposentaron con tan grande presencia suya sensible, que hasta ahora le dura a menudo, sin poder olvidar el sentirlos en sí mismo, con haber más de doce años que le aconteció. De la cual presencia saca gran fruto: y nunca de esto y de lo dicho arriba tuvo en su corazón elevación cuando le acontecía, pero vive siempre en temor y temblor, temiendo no sea engañado, y antes le dan pena estas cosas que no gozo; antes se consolaría que todo se lo deshiciesen, y con esto descansaría. Y si Dios le diese a escoger, estaría muy consolado que no le llevase por este camino tan peligroso, si ello hubiese de ser para mayor gloria de su Majestad y más bien del alma, por los grandes peligros que hay en estas cosas; y así pide a Dios que se lo quite, porque le da pena de que le viene algo de estas cosas de revelaciones, de temor que tiene no sea engañado y ofenda a su Dios que tanto ama.

Porque la santidad no está en tener visiones, ni en tener consuelos, ni en tener don de profecía, ni en tener revelaciones, ni en hacer milagros, porque todas estas cosas cuestan poco al alma, porque Dios se lo da; pero la santidad le cuesta grandes trabajos de mortificación y vencerse el alma con la gracia de Dios, para con pelea vencer los vicios y pasiones; y así la santidad está en el amor de Dios y del prójimo, y en la profunda humildad de corazón y paciencia y obediencia y resignación, y en la imitación de Cristo Nuestro Señor; y en esto no hay peligro como en eso otro.

Esta visión fue en su aposento (que era a donde hay ahora trigo), y por la tarde. Esta se llama visión intelectual, porque no es como las imaginarias que pasan presto, sino que dura muchos días y años, y acaece estando el alma toda descuidada de tal cosa, no habiendo jamás pensado en tal cosa, y así fue esta².

Es evidente que la 3ª persona intenta inútilmente el enmascaramiento de su persona, dada la potente omnisciencia narrativa con que se narra la experiencia, con todas sus sensaciones internas, y también dada la ulterior valoración de la misma. En otras secuencias el propio autor se delata, no sabiendo mantener la 3ª persona, y alternándola con la 1ª, sobre todo en los momentos en los que se acerca a la inclusión de una oración directa.

Respecto a la visión de la Virgen y Jesucristo, la sencillez con que está contada la experiencia, en medio de la cotidianidad de su oración; la capacidad descriptiva de los detalles (*el Hijo venía al*

² NONELL, tomo 1º, *Memorias*, n.º 7, pp. 23-24

lado derecho de la Madre y al izquierdo de esta persona); y la relevancia de los detalles sensibles (*con tan grande presencia suya sensible*) denotan autenticidad. Si además, quien vivió la experiencia, aunque confiesa “sacar gran fruto” de ella, la valora como sospechosa de engaño, y la contrapone al camino de la santidad, iniciado a través del esfuerzo personal (camino que aprovecha para defender y exaltar), la humildad se puede palpar, al igual que la necesidad de que no sea entendida dicha experiencia como un ejemplo de virtud (*acaece estando el alma toda descuidada de tal cosa, no habiendo jamás pensado en tal cosa*). Simplemente ha sucedido.

El remate de la secuencia es curioso, porque, a pesar de haber relativizado intensamente la relevancia real de la experiencia en el párrafo anterior, recupera detalles de su contextualización, reafirmando así su realidad objetiva (*Esta visión fue en su aposento (que era a donde hay ahora trigo), y por la tarde*). El tono erudito del final no es tal, pues la diferencia entre visión “intelectual” e “imaginaria” parte también de su experiencia y marca el carácter duradero de la primera. Pareciera que Alfonso intuyera que sus escritos van a ser leídos en un futuro incierto, por quienes podrían aprender mucho de sus declaraciones. Ese tal vez es el objetivo de la imposición de sus superiores: la conveniencia de compartir la experiencia de Alfonso en el camino espiritual, en el que, de alguna forma, le vieron ya como un maestro.

La expresión directa, incluso coloquial, es una constante en sus textos. Aquí la oración “sacar fruto” y también los eufemismos con los que se refiere a la vivencia (*le da pena de que le viene algo de estas cosas de revelaciones, y no hay peligro como en eso otro*) lo ejemplifican. Sus palabras son permeables a la complejidad real de interpretación personal de la experiencia; son como sus reflejos espontáneos, lo cual produce una fuerte sensación de inocencia, fresca y autenticidad.

El desarrollo de ciertas habilidades expresivas, como el juego de palabras o paronomasia (en “temor-temblor”), o el paralelismo antitético entre lo que para él no es santidad y lo que sí es, aporta al texto un intuitivo valor literario (o aprendido, pero ignoramos cómo), que también será una constante progresivamente perceptible, a medida que avanzamos la lectura de la edición de Nonell.

Amplíemos nuestra mirada a otros rasgos de su escritura. Otro más es su capacidad pedagógica, evidente en el orden, claridad y hasta vehemencia con que expone los conceptos, a través de su fundamentación inmediata con razonamientos y referencias (no tanto en las “Memorias”, sino en los escritos más programáticos), como también mediante su ilustración constante con ejemplos, ya sean anécdotas, experiencias o digresiones de carácter metafórico o simbólico.

La materialización (didáctica) de las ideas o conceptos abstractos mediante todo tipo de estrategias es una de las habilidades más características de su escritura. Este constante intento de evidenciar las ideas es consecuencia de la inefabilidad expresiva, o insuficiencia del lenguaje humano para expresar o registrar los asuntos espirituales. A la inefabilidad la dedica Alfonso Rodríguez muchos fragmentos en sus textos:

¿Quién sabrá decir lo que aquí en esta contemplación pasa entre Cristo y el alma a sus solas, y las grandes cosas que de sí mismo la descubre por claro conocimiento sin ruido de palabras, y el gran gusto que recibe con la presencia del amado? Sola la que lo gusta lo sabe, sin saberlo decir, sino gustar³.

³ NONELL, t. 2º, p. 140, Opúsculos espirituales, De la unión y transformación del alma en Cristo.

La coherencia interna de los escritos de San Alfonso Rodríguez, y su capacidad pedagógica (¿de dónde sería aprendida?) provoca que a la sensación de inefabilidad se correspondan todos los modos y estrategias expresivas posibles para hacerse entender de sus lectores. Incluso muchas veces da la sensación de que la escritura ha sido un método, independientemente de haber sido descubierto libremente o a partir de un mandato de sus superiores, para su propio aprendizaje, entendimiento y exposición del proceso y la experiencia de la fe. Un ejemplo claro de esta auto-escritura es la dedicatoria “Para ti, Alonso” de los “Avisos para imitar a Cristo”, entre las *Prácticas y documentos espirituales* (Nonell, tomo 1º, p. 461).

Precisamente en algunas de las ocasiones en que se refiere a la inefabilidad, él mismo intenta comparar la experiencia mística con las realidades sensoriales, y del símil surge una de las secuencias en las que la unión con Dios queda más hábilmente descrita y ponderada. Podríamos decir que el modo imposible de explicar la experiencia divina es ya, paradójicamente, una manera, o la única manera de hacerla verosímil y de humanizarla, a la vez que entraña una sutil, selectiva y profunda invitación a la vida espiritual:

Pregunto yo ¿cuál estará el alma enamorada aquí dentro de este ser infinito de su Dios tan admirada y atónita y fuera de sí, contemplando cosas tan altas de Dios, y abrasada en el amor infinito de este Señor, que así se le está comunicando? Esta es la contemplación de las cosas divinas. Pues preguntar y querer saber en particular cómo es esto, ¿quién lo sabrá decir? Nadie, por cierto, ni contar; sino solo gustarlo y sentirlo. Porque si fueran estas cosas según la carne, pudiera decir que era una cosa colorada o azul o verde, o que era de oro o de plata, semejante a nosotros; pero como no es de carne, sino espíritu, es imposible poderlo saber decir a nuestro modo⁴.

En este otro caso, la inefabilidad expresiva conduce al testimonio personal, y exige su relato, lleno, como siempre, de autenticidad y sencillez:

Séte decir, hermano mío, que nunca supe qué cosa era ser contemplativo, hasta que de mí no tuve ningún cuidado; y a la hora que a mí mismo despedí de mí mismo, luego comencé a tomar en la oración gusto.

Son tan altas las iluminaciones que se reciben allí, y tan inefables las consolaciones que, si se dejan gustar, no se pueden contar⁵.

Muchas veces la humildad en que reconoce estar nuestro santo conlleva la confesión de su poco conocimiento de la teología. Del fragmento anterior hemos de inferir que la experiencia propia ha sido la base de su conocimiento místico, pero que posteriormente se ha visto en la necesidad de estudiar, nominalizar y estructurar sus fases, para mostrarlo a sus posibles lectores, explícitos aquí mediante el vocativo genérico. La dificultad de explicar lo experimentado en la unión con Dios va unida aquí a una nueva ponderación de las riquezas que se desprenden, por el camino de la exageración de su número. Hábilmente une aquí san Alfonso la expresión “no se pueden contar”, en su sentido hiperbólico popular de ‘numerosas’, con el otro sentido de ‘inefabilidad o dificultad racional’ para describir algo que solo es posible vivir. Ya hemos aludido antes a su capacidad, claramente literaria, incluso lírica, para descubrir y aprovechar los juegos que las palabras le ofrecen.

⁴ Óp. Cit. T. 2º, p. 106.

⁵ Ibid., p. 132.

En este caso, la intención estructuradora del propio discurso exige una nueva modulación que el santo escribe, pero al tratar del paso de la oración a la contemplación, de nuevo acude al tema del rechazo de las palabras:

Pues se ha dicho algo de la oración y contemplación de las cosas divinas y de la unión y contemplación del ánima en Dios, será bueno que también se diga algo y breve de la oración y de la contemplación de las cosas humanas con Cristo Señor.

Pues la oración es considerar el alma, puesta delante de Cristo Nuestro Señor, los muchos y grandes beneficios y mercedes que este Señor la ha hecho (...)

Por estas y otras consideraciones viene el alma a encenderse mucho en el amor de Cristo; y por este camino la comunica la contemplación, cesando ya los discursos. Porque los discursos son el camino para ella, y en llegando a este término y fin, cesan ellos. Porque ellos son como uno que apareja para un su amigo una sabrosa comida; que después de aparejada, solo se ocupa en comerla: el alma apareja con las consideraciones una sabrosa comida para sí, y después en la contemplación la come, cebándose el entendimiento y voluntad en ella con grande gusto que Dios allí la da, y conocimiento grande de sí mismo⁶.

Como vemos, es claro que una de las estrategias, si no la principal, para contrarrestar o superar la inefabilidad inherente a la experiencia espiritual, es el recurso de la metaforización o simbolización. En el elemento real de la metáfora o el símbolo casi siempre aparecen objetos o hechos pertenecientes a experiencias básicas de la vida, por ejemplo, el símil de la comida aparejada, o el de la imposibilidad de caminar hacia una ciudad sin mover los pies y el tener voluntad de dar pasos en el proceso de la relación con Dios, con ayuda de la oración y la mortificación. El metaforizar la fuerza de un rayo de sol atravesando una nube, para explicar el “embestir” (nueva paranomasia) y a la vez el “invertir” Dios, con su presencia, al hombre que le busca, y que es transformado por ello, es una de las más bonitas y reiteradas imágenes de san Alfonso, por cierto, tomada directamente de la observación de la naturaleza. Es posible que en este caso la propia selección de vocabulario para fijar la metáfora haya sido la causante del hallazgo de la coincidencia léxica, a la que el autor le ha sacado un eficaz partido, enriqueciendo la metáfora inicial.

(...) Con esta comunicación que este Señor tiene allá dentro con ella y ella con él, está transformada en él, lo cual causa el amor de los dos: y así el alma no mira a su amado Jesús de fuera, sino dentro de sí, por tenerle y servirle todo en todo su cuerpo, gozando de él y de todo lo que en sí misma le comunica de sí mismo, particularmente de sus dolores y trabajos. Porque como está en ella, vístela de esta librea de sí mismo; como el sol que embiste una nube, que la comunica de su grande resplandor y hermosura⁷.

Hay muchos otros ámbitos implicados en la composición de metáforas de uso pedagógico. Todas ellas suelen ser de gran sencillez, pero por eso mismo, están cargadas, como las parábolas evangélicas, de una elocuencia indiscutible. Tal vez muchas de ellas fueran recuperadas de la vida seglar de Alfonso Rodríguez. Especialmente llamativas son aquellas metáforas o símiles procedentes del mundo laboral o comercial, que a veces nos pueden llevar a descubrir incluso detalles y usos de la vida cotidiana; por ejemplo, la tienda con un gran espejo, donde se podían ver a la vez todos los productos, comparándose con la visión introspectiva de los pecados personales dentro del alma:

⁶ Ibid. P. 138

⁷ Ibid. P. 139-140

(...) pero en el conocimiento que no es intelectual del entendimiento, sino una vista clara interior del alma que se ve a sí misma tal cual es sin discurso alguno, (que es como cuando en una tienda de muchas cosas suele haber un grande espejo: verán que de una vista verán en el espejo las cosas que están en la tienda); así, pues, de una vista comunica Dios al alma que se vea tal cual es, de tal manera que se ve en sí lo malo que ella es y hay en sí que heredó de Adán...⁸

Tal vez no haya lugares en la literatura clásica y profana del Siglo de Oro que nos describan el interior de un comercio.

No habíamos de temer los trabajos, sino el no los tener; porque el que más y mayores los padeciere por Cristo será más imitador y amigo de Cristo: pues ¿quién huirá de ellos, y no temerá no los tener? Hayámonos en ellos con gran silencio con las criaturas, y nuestro hablar sea con Dios, diciéndole: “Pasad, Dios mío, adelante con vuestras trazas de amor y del cielo, pues en todo buscáis mi bien, y de vuestra mano viene todo”, imitando el alma al madero que toma el entallador, que le está labrando y golpeando, y él siempre calla y no se queja, ni él le hurta el cuerpo a los golpes, dejándose labrar de él; y así sale de sus manos la imagen perfectamente hermosa y acabada, tanto cuanto el artífice es más perfecto. Pues si el artífice del cielo, nuestro Dios, sabiduría infinita, nos labra con golpes de amor con trabajos, si no le hurtamos el cuerpo, ¡qué hermosas labrará estas imágenes de nuestras almas, con el grande amor que nos tiene, pues tan sabio y amoroso! y esto con las virtudes (...)”⁹.

Este símil del entallador de la madera para describir el trabajo de Dios moldeando el alma del religioso con la mortificación, puede completarse con el mismo ejemplo en Nonell, tomo 2º, *Opúsculos espirituales. Transformación del alma en Cristo*, p. 111, en el que usa un mallorquinismo (“fuster”):

Porque, así como un fuster si tuviese un madero para hacer una imagen, y jamás diese golpe en él ni trabajase, cosa clara es que jamás haría la imagen... así el siervo de Dios que no se persigue y mortifica...

En otras ocasiones los ejemplos proceden de simples observaciones de procesos físicos o químicos, que suceden dentro de la vida cotidiana (y de común aparición en otros escritos jesuitas, como en el teatro de colegio), pero cuya explicación acerca el texto de Alfonso Rodríguez al conocimiento de la ciencia y la tecnología, que, por cierto, experimentaron importantes avances en el siglo XVII:

(...) porque no hay quien le estorbe el estar y andar siempre con Dios y gustar de él; porque, así como si no es impedida la piedra, se va a su centro, así también el alma de su peso, vencidos sus vicios y pasiones, en un punto se halla con su Dios, que es el centro del alma, adonde ella reposa y descansa, sin que haya quien se lo impida, y gusta mucho de Dios¹⁰.

En esta secuencia Alfonso experimenta el fenómeno de la gravedad (cuyo teorema establecería Newton al final del siglo XVII). En la siguiente describe el comportamiento de la piedra-imán, y en la posterior, el funcionamiento de la alquitara o alambique, respectivamente:

(...) cuando mirando a este Señor enclavado en la cruz, o en otro misterio, el alma herida de amor de este Señor, con la grande fuerza del amor con que le ama, el amor, como otra piedra imán le atrae a sí: y así viene este Señor al alma, que tanto le ama, y se aposenta dentro de ella (...)”¹¹.

⁸ NONELL, tomo 1º, *Memoria escrita en 1608*, p. 127

⁹ NONELL, tomo 2º, *Cartas espirituales. “Carta a unas siervas de dios perseguidas”*, p. 272

¹⁰ NONELL, tomo 1º, *Prácticas y documentos espirituales, Avisos para imitar a Cristo*, p. 625

¹¹ NONELL, tomo 1º, *Prácticas y documentos espirituales. Meditaciones de la pasión de Cristo*, p. 375

No es el agua olorosa la flor, no la rosa. No es el agua medicinal la hierba, sino lo que se saca de ella con trabajo con la alquitara y a poder de fuego: trabajar es menester para sacarla. No es la virtud el trabajo de las enfermedades, no es la virtud el trabajo de las persecuciones, no es esta la virtud; no es la virtud el trabajo de las tentaciones, no el del menosprecio y deshonra, no el de la pobreza y necesidad, no el del frío y gran calor y grande hambre que pasa el hombre; no es la virtud todos los trabajos de esta vida que llueven sobre el alma. Pues ¿cuál cosa será la virtud? La virtud es lo que el alma saca de estas cosas trabajosas y tan amargas de la alquitara de la tribulación, venciendo a sí misma, abrazando y amando y queriendo padecer estas amarguras por Dios¹².

En este texto, resaltar también el contraste expresivo como modo para seleccionar claramente una verdad final, la virtud. Rodríguez, en esta ocasión, como en otras, rechaza la mortificación directa, el “cilicio”, incluso el hecho de la mortificación en sí, y lo contrasta con el sacar fruto de las contradicciones, fatigas y trabajos de la vida, que es lo que llama “virtud”, y es la esencia de la planta extraída por la alquitara.

(...) y a tanto puede llegar, que se esté de amor; y estando así con su Dios el alma, se enajena de sí toda, y se aniquila y deshace, y se entrega a su Dios conocido y amado; y allí dentro de su Dios entregada de él y poseída, hace de ella como Señor de ella comunicándosele: y como él es fuego de amor, dentro de sí mismo la está abrasando en su amor. A manera de un hierro que está dentro de un gran fuego, que viene a comunicárselo tanto, que viene a convertirse en sí el fuego, y así es hierro abrasado en fuego, y transformado en él (...) ¹³.

La transformación del hierro en fuego por el calor candente del amor de Dios es otra de las metáforas de observación de la naturaleza y la tecnología, intensamente lírica.

La metáfora espacial para referirse a la intimidad con Dios (habitar, aposento, cámara) también es un modo de materializar o reducir a imagen gráfica el encuentro con Dios. Incluso la comparación del alma en pecado como un “retrete o letrina” oscura, en la que es necesario dejar entrar la luz de Dios a raudales.

Muchas de estas metáforas aparecen de forma reiterada en los textos del santo, para aclarar, en aplicación del objetivo pedagógico, los mismos conceptos y experiencias. Por un lado, se puede pensar que este es un rasgo poco literario, dado el cansancio de la reiteración, que además puede evidenciar la falta de imaginación que permita multiplicar las figuras. Pero, por otra parte, también hay que pensar en que la repetición de un motivo conlleva su comprensión y su fijación en la memoria del lector. Además, si consideramos el modo de lectura de este tipo de obras de prosa espiritual, que la mayoría de los lectores haría a retazos o fragmentos, tomando ocasionalmente e *in medias res* los textos, para acompañar un rato de reflexión u oración, concluiremos que la sensación de cansancio de una lectura continua se convierte en esta lectura fragmentada, en una sorpresa expresiva agradable que, si vuelve a encontrarse en otro momento, contribuirá a la sensación de unión de contenidos del libro. En este sentido, la reiteración de una imagen puede ser precisamente el elemento significativo de coherencia y pedagogía interna del conjunto de escritos.

En muchas ocasiones, Alfonso Rodríguez explica uno de los modos de caminar hacia la unión con Dios, que es el vaciarse de sí mismo, el rechazar las llamadas de la comodidad y el interés propio (lo que él llama “el bien me quiero” (p. ej. Nonell, tomo 1º, *Prácticas y documentos espirituales*,

¹² NONELL, 2º tomo, *Tratado III. De la perfección cristiana*, p. 451

¹³ NONELL, tomo 2º, *Opúsculos espirituales, De la unión y transformación del alma en Cristo*, p. 104

Avisos para mucho medrar), haciendo uso de su habilidad para crear expresiones irónicamente eficaces, y nuevamente el visualizar de modo plástico una actitud ante la vida), y sobre todo, aceptar las enfermedades, dolores y contrariedades de la vida. La metáfora hiperbólica que utiliza para expresar la insensibilidad total a las cosas del mundo es el ser y apariencia de un muerto:

Así te habrás en casa, como si no estuvieses en ella, o como un hombre muerto tan mortificado, no pidiendo nada, ni buscando tu comodidad, dejándote llevar y regir como un palo y como cosa ajena; porque el súbdito no es suyo, sino de su Superior, y así ha de estar tan resignado en las manos de Dios y de su Superior...¹⁴

Es muy posible que dicha figura expresiva tenga su origen en la propia experiencia de la pérdida circunstancial de sensaciones en un brazo, narrada en sus “Memorias”, pero es uno de los recursos más reiterados en sus escritos. Ni qué decir tiene la fuerza dramática, y por ella inolvidable, de la metáfora: Vivir como si las cosas negativas pudieran sufrirse con impasibilidad, sin ahogarse en ellas, incluso interpretándolas como un sufrimiento aproximativo respecto al sufrimiento de Cristo en la cruz, para así estar más abierto a la comprensión de su entrega total y más permeable al encuentro importante, a la inundación que supone la presencia de Dios. En este sentido, igual que con el ejemplo de la “letrina, retrete o necesaria”, el santo no escatima la expresión directa, cruda, ni tiene miedo a lo que hoy sería incorrecto políticamente hablando.

También usa el paralelismo, la anáfora..., y en general, toda estructura sintáctica y fónica de repetición. La finalidad no solo es fijar una idea por el efecto repetitivo, sino también comprometer la emotividad del lector, pues la insistencia despierta un ritmo en la mente, una melodía lírica, que a su vez cala en la reflexión, incluso a través de la sonoridad, si se lee en voz alta, y que implica no solo a la inteligencia lectora, sino sobre todo a la emoción:

Después que ya el alma se ha tan bien mortificado y vencido, como está ya desnuda y vacía de todo amor propio y de todas las cosas criadas, de su peso, sin ningún impedimento se halla en Dios y con Dios, y gusta altamente de su Dios, por tener todo su amor en él solo; y así anda siempre con Dios y le halla en todas las cosas y criaturas; y así mira el alma a su Dios y le ama y le adora en todas las cosas y criaturas, siente a su Dios, ama y adora en todas las cosas y criaturas; ama a su Dios en todas las criaturas; mira y contempla a su Dios y adórale en todas las criaturas; mírale en las flores, y ámale en ellas; mírale en las rosas del campo, y ámale y adórale en ellas; mírale en todos los géneros de yerbas y plantas y en todas las cosas hermosas que en campo Dios crio (...)¹⁵.

La expresión lírica del fragmento anterior, basada en la combinación de las acciones en verbos, nos sume en la vivencia mística del encuentro y contemplación de Dios.

Otro rasgo de la escritura de nuestro santo es la emotividad o fuerte afectividad con que escribe sobre Dios, Jesucristo, o la Virgen María, no solo en las oraciones, en las que incluye cariñosos vocativos (“amores de mi alma...”), sino también en las secuencias explicativas de su ayuda o confianza:

Y en el tratar con Jesús y con María, voy con santo temor, hablando con ellos, y ellos me responden con dulce suavidad, y me enseñan, dándome a conocer su santa voluntad, para que se ponga por obra: y en esta familiaridad tan dulce con Dios y con la Virgen se ha esta persona como se ha un niño de teta con su madre, que ni se sabe elevar ni puede, porque es niño. A este

¹⁴ NONELL, tomo 1º, *Prácticas y documentos espirituales, Avisos para mucho medrar*, p. 447

¹⁵ NONELL, tomo 2º, *Opúsculos espirituales, Transformación del alma en Cristo*, p. 163-164

estado viene el alma con la gracia de Dios en esta conversación, que ni sabe ni puede entonces elevarse más que el niño de teta¹⁶.

Señor mío, yo no soy mío sino vuestro: Vos me habéis hecho y dado el ser que tengo: hacienda vuestra soy: yo, gusanillo y nada, me pongo y entrego todo en vuestras manos, haced de mí, pues soy vuestro, como de hacienda vuestra, a vuestra voluntad, que de eso me gozaré yo¹⁷.

El dramatismo de algunos pasajes sería el culmen, por una parte, de esta materialización plástica y sensorial tan intensamente buscada en su escritura para despertar también sensaciones primero de comprensión de lo escrito en el lector, pero también de vehemencia en cuanto al contenido, y por otra parte de la intensa emotividad con que tiñe la experiencia religiosa... Se hace muy evidente este dramatismo cuando habla de la oración y la explica. En la “Meditación sobre la Pasión de Nuestro Señor” nos parece entrar en el ámbito realmente meditativo a través de su texto, pues las instrucciones para la oración invitan a des-ubicarse de la realidad e insertarse en el escenario de la pasión de Jesucristo, en una suerte de recreación virtual o en 3D, conseguida a través del ejercicio de la imaginación fundamentada en el relato evangélico, pero actualizándolo de modo que casi se sienta que el lector pasea en medio de los sucesos, como si de una “procesión” se tratara:

(...) para alcanzar las benditas y fructuosas y dulces lágrimas, y verdadera contrición de los pecados, e intenso dolor de haber ofendido a Dios y verdadero propósito de no le ofender más, conviene en gran medida que el ánimo se vaya con Cristo al huerto, y con grande consideración y atención le mire lo que padece y hace. Y allí verá la alegría de los ángeles triste en suma tristeza, allí le verá angustiado, derramando sangre, y por ti amargamente llorando. Y con gran compasión de verle tan afligido le hablarás dulce, amorosa y compasivamente de esta manera, diciéndole y preguntándole: “¿Por qué estás tan triste y angustiado, Señor mío?” (...)¹⁸.

Hállate, pues, alma mía, en esta procesión y deshonra hecha a tu Dios y Señor; y ponte delante de tu Señor y háblale...¹⁹

Algunas conclusiones

Es evidente que este trabajo es un esbozo de análisis de los rasgos expresivos caracterizadores de la escritura de Alfonso Rodríguez.

El objetivo final y constante de Alfonso Rodríguez es acercar la experiencia espiritual al lector, desvelar su comprensión, e invitar a su búsqueda y desarrollo, orientando y acompañando el proceso desde su experiencia.

Para ello debe simplificar y evidenciar las ideas y fases del proceso de la fe, de la búsqueda de Dios, del encuentro con él y la consecuente transformación de la vida. Toda la tarea expresiva de su creación escrita persigue transformar lo abstracto y lejano en algo claro, tangible, cercano y experimentable, a través de su materialización y reducción metafórica a categorías sensoriales y conocidas, es decir, asequibles a todos.

Su realismo expresivo, conseguido a través de las palabras, es similar al vivo dramatismo de la imagería religiosa del Barroco español, a la vehemencia de los retratos de Velázquez, o a la contundente espectacularidad de los autos sacramentales calderonianos. El “mover a devoción”

¹⁶ NONELL, tomo 1º, *Memoria escrita en 1615*, p. 261

¹⁷ NONELL, tomo 1º, *Memoria escrita en 1607*, p. 91

¹⁸ NONELL, tomo 1º, *Prácticas y documentos espirituales, Meditaciones de la pasión de Cristo*, p. 326

¹⁹ Óp. Cit., p. 331

de este dramaturgo equivale al intento de explicación del mundo espiritual y de la relación con Dios.

El espíritu de la Contrarreforma consistía en reafirmar con claridad e intensidad la fe, exaltando sus valores y mostrando con toda la fuerza plástica posible, los misterios y valores que conlleva. También los textos de Alfonso Rodríguez lo hacen. Por cierto, en varias ocasiones valora positivamente la necesidad de las imágenes de Jesucristo y de la Virgen María, para mover a oración (como en la *Memoria escrita en 1609*, Nonell, tomo 1º, p. 148).

Cada ser humano vive inexorablemente el espíritu de su tiempo. La historia de la salvación y el proyecto del Reino de Dios no se corresponden en muchas ocasiones con los avatares de la historia humana; a veces ni siquiera con la historia de la Iglesia. Pero en todas las épocas hay personas sabias y experimentadas, que han vivido intensa y sencillamente su amistad con Dios, y que nos vuelven a redescubrir una y otra vez el verdadero camino de la coherencia evangélica. Son los santos. Sus vidas y sus obras nos invitan incansablemente a encontrar nuestra verdad y a acercarnos a la feliz Verdad de la unión con Dios.

Nos gustaría terminar este intento de caracterización de su expresión escrita, con la oración más representativa de su servicio como portero. Alfonso Rodríguez hizo de su tarea una experiencia de encuentro constante con Dios; y de su misión de escribir la vivencia de fe, un profundo testimonio de su amistad con él y de su generosidad con sus prójimos:

(...) si eres portero y te tocan la campana acude con prontitud al llamamiento de tu Dios, y levanta luego el corazón a tu Dios, y dile “ya voy, Señor, y abriros he yo, Señor a Vos por amor de Vos;”, actuando y alegrando el corazón al amor de Dios: y abriendo la puerta, hacer cuenta que abre la puerta a Dios que estaba esperando²⁰.

²⁰ NONELL, tomo 3º, *Tratado IX, Del estado religioso, Vía iluminativa*.